

blica. Ruégote, pues, Epicaris que, dada tu resolución de ayudarnos, tomes ejemplo de tan varonil mujer; y si has de morir, pues todo lo arriesgas en este momento y en este plan, mueras como ella.

— ¿Por qué presentáis tan sólo ejemplos de muertes y no ejemplos de victorias? — preguntó Epicaris. — Cualquiera diría, no que vais al combate como los héroes, que vais al sacrificio como las víctimas. No penséis, repito, en morir; pensad en triunfar. Nos auxilia para esto el propio coraje de nuestras virtudes y el ejemplo de los crímenes perpetrados por Nerón. Unos y otros deben ser como los principales motores de nuestras esperanzas y como las bases de nuestros deseos. La fe viva en el bien que apercibimos y preparamos, debe alimentar una ciega confianza en el resultado próximo y supremo. Contemos así con que tal resultado ha de coronar nuestros esfuerzos y destruir el monstruo maculador de nuestro imperio. La virtud tiene por sí mucha fuerza, y la libertad por sí mucha virtud. El mundo no puede ya tolerar por más tiempo á Nerón. Ayudémonos del auxilio que nos presta la virtud de nuestro esfuerzo y la maldad de nuestro tirano. Si nos damos ya por vencidos, ¿qué confianza podremos inspirar á los demás, cuando no la sentimos en nosotros? Empecemos por aclamar nuestra causa y concluyamos por saber que la justicia tarde ó temprano triunfa siempre. Yo creo en los sueños, y así como Augusto soñó con la derrota de los republicanos, yo he soñado con su victoria. Séneca, ya que no pudiste con tu palabra refrenar á Nerón para que diese de mano á sus crímenes, suelta con tu palabra los que deben esos crímenes castigar, para que la providencia de los dioses resulte patente á la vista de todos y el castigo sea en proporción debida con la culpa.

— Epicaris, de todo extremo se origina un vicio. Con la excesiva confianza puedes perderte cual te pierdes con la desesperación. Todas las cosas caducan. En lo exterior diversas por su brillo, son en lo interior idénticas por su futilidad. Las alturas tienen más despeñaderos que las planicies. ¡Cuán fácil, al bajar, caer! No creamos que tenemos por esposa la fortuna, sino por manceba, cambiante y voluntariosísima, capaz de vender y entregar sus favores á quien menos los merezca. Todo cuanto tenemos, diósenos de prestado. Hay, pues, que devolverlo, y lo más de préstamo la vida. Quien

olvide que debe morir, mal vivirá. No hagamos cuanto tenemos que hacer por el móvil de la vanagloria ó del innecesario lucro, hagámoslo en cumplimiento de nuestro deber. Vejamos á los gladiadores que aman la vida y aplaudimos á los gladiadores que la desprecian. Si pensamos primero en el sacrificio de nuestro ser, ningún otro nos parecerá difícil después. Vayamos al cumplimiento del deber, y no le regateemos ni una hora de vida; pues entre cualquier minuto de los tiempos y el sagrado de las tumbas, se dilata siempre corto espacio.

— Todo eso está muy bien — dijo Epicaris, que había tomado resueltamente la jefatura de aquella conspiración, — todo muy bien; pero, si hemos de morir, muramos matando, y apercibámonos á saber los instrumentos que vamos á esgrimir y los recursos que vamos a emplear en la empresa donde nos hallamos hoy metidos. Yo creo que la manera más breve de matar y más segura es la manera de Harmodio y de Bruto. A Nerón debe asaltársele, más que en el ejercicio de su poder, en la molición de sus placeres. Y su casa de placer es Parthénope, y bajo este placer ofrece menos resistencia su voluntad y más inercia su entendimiento. Puesto que va César con frecuencia en Bayas á la quinta de Pisón, tratándole como un príncipe, su igual, muy bien habrá de parecerme que aprovechemos tal coyuntura, matando al tirano y con él también la tiranía. No de otra suerte murió en aquel mismo sitio Agripina, sacrificada por Nerón, y no de otra suerte murió en aquel mismo sitio, predestinado para tales eventos, el siniestro Tiberio por manos del audaz milite que sublimó á Calígula.

— ¡Ah! — dijo Pisón. — En tal proyecto no debéis contar conmigo de modo alguno. El emperador escoge mi hogar de Bayas en sus esparcimientos, confiándose á mi lealtad, y no puedo yo, traicionándolo, traicionarme, traicionar los manes de mis deudos, que se levantarían airados contra mi acción, tachándola de indigna del nombre y sangre que ostento. Matarle á un aire y á una luz que no sean el aire y la luz de mi casa, vaya en gracia; hecho será de ciudadanos sin otro recurso para reivindicar la libertad que el crimen; pero matarle sobre seguro, por la espalda, en mi mesa, devolviéndole su confianza en traiciones, no lo esperéis de quien, pres-tándose á tal cosa, desmerecería de vuestro aprecio y perdería to-

do derecho á la sucesión del inmolado y al aprovechamiento del triunfo. No seré yo quien degenere de sus padres, á quienes habéis reconocido el derecho de sustituir la familia de los césares en el trono de Roma. No seré yo como aquel hijo de Escipión que vió arrancado á su dedo el anillo donde grababan el nombre y busto de su padre glorioso el africano, y no seré como aquel Hortensio que dió á la prostitución su lengua, dada por su hermano á la elocuencia.

— Soy del sentir de Pisón — dijo Fenio; — debemos asignar ocasiones más propicias y sitio más apropiado á nuestros planes y propósitos. Preferible sacrificar á Nerón en la próxima fiesta de Ceres, como Bruto sacrificó á César en el Senado, que no á la manera oriental sobre un lecho y mesa de festín. Cuando las matronas salgan coronadas de rubias espigas por las calles y elevando al lucero, de donde todo surge, sus plegarias, en aquel gran homenaje á la vida, hora será de dar al cuitado la muerte y unir con la conmemoración de los bienes procurados por la siega el renacimiento de la libertad.

— Sí — dijo Montano el conspirador, á quien su atrevimiento y coraje valieran el privilegio de arremeter con el emperador é inmolarlo. — Varias fiestas hay en tal día propicias á nuestro intento. En la caza de zorros lanzados por parejas y con candelas prendidas al rabo, donde Nerón se pone fuera de sí, mirando cómo los persiguen y los destrozan los perros, ofrecerá á mi resolución temeraria coyuntura plausible y pronta.

— Perdona, Montano, perdona — dijo Escevino, dirigiéndose al conjurado que acababa de hacer aquellas proposiciones. — La mano destinada por los dioses á este sacrificio é inmolación es mi mano, para ello apercebida y dispuesta de antiguo. Yo suspendo hace tiempo á mi cinto un puñal forjado para esta suprema heroicidad, que meditamos en pro y en honor de nuestra patria. Te reconozco valor y osadía temerarios, Montano, mas no te reconozco fuerzas. Donde Cocles sostuvo la batalla del puente, y Marcelo degolló con un puñado de camaradas al rey de las Galias que tenía un ejército á su lado, y Emiliano salía el primero y solo á los asaltos en las ciudades más fortificadas, no puede haber cobardes. Tú eres, Montano, más valiente que yo; soy más fuerte yo que tú. El puñal que

llevas, no está por ningún arte mágico aumentado; el mío llegará con mayor prontitud y facilidad al corazón del tirano, impelido por fuerzas y virtudes sortilégicas. No hay, pues, que vacilar un momento: designadme á mí para sacrificador y designad mi puñal para instrumento del sacrificio.

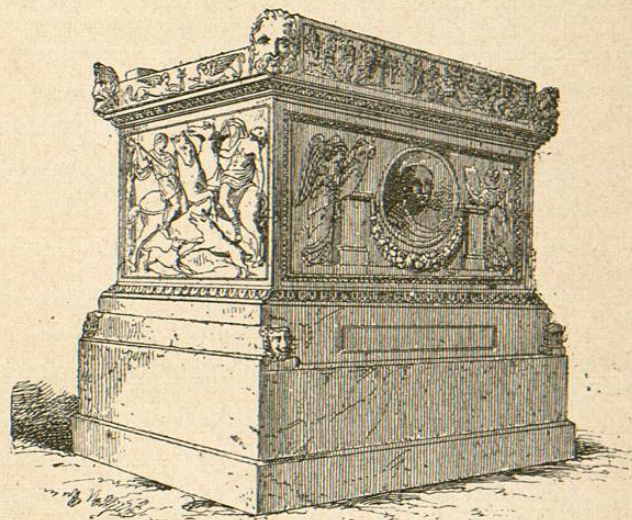
— Es necesario — dijo Fenio — apresurarnos. Doce meses han corrido desde que tuvimos nuestra primer entrevista y nada hemos hecho. Rodeados de infames delatores y esbirros, con la espada de los pretorianos sobre nuestras frentes y el veneno de Locusta bajo nuestras mesas, deberíamos apresurarnos con prisa y decidirnos con empeño al acto. Así, Pisón, en esta semana son las fiestas, y el primer día te recluirás, á la hora en que sale la procesión de Ceres, dentro del templo de ésta, y aguardarás que demos el golpe á fin de representar la libertad rediviva.

Con efecto, Epicaris se partió á Bayas desde aquella sesión del cuerpo de conjurados, y en Bayas se avistó con el desalmado Próculo. Oyó cuanto le dijeron éste, y hallóse mucho tiempo suspenso, y pesando en su interior dónde toparía con su mayor conveniencia, si en la conjura ó si en la delación, incierto, no entre la virtud y el vicio, entre dos crímenes, como correspondía con su maldita naturaleza. Por fortuna, Epicaris, muy gárrula en el relato de los hechos, callóse como una muerta en lo referente á las personas. Ni un solo nombre salió de su boca, cerrada por completo á toda debilidad. Pero el asesino, cómplice del parricidio en la tragedia de Agripina, creyendo más cierta y segura la victoria del César que la victoria de Epicaris, delatóla seguidamente á Nerón, quien la hizo prender y llevarla con hierros á su presencia, careándola con su terrible acusador. El dominio de la cortesana sobre sí misma y el cuidado puesto por ella en evitar cualquier indiscreción salvaron á los conjurados, aunque perdieron á la infeliz que había sido hasta entonces como su cabeza. Viendo los más heroicos entre aquellos conchavados conspiradores la fortaleza del ánimo y los esfuerzos de la voluntad en una débil mujer, decidieron arriesgarse á todo un arresto y dar el premeditado y apercebido golpe sin tardanza. Pero Tigelino, el perverso ministro del César, había metido ya su mano en la conjura y ganándose á su causa el traidor Natalio. Conferenció con éste á solas el conspirador, en quien renacieron

Harmodio y Bruto, enamorado de la libertad hasta parecerle cosa baladí un sacrificio en sus aras, y le dijo cómo se lanzaba de cabeza y á ciegas en el regicidio, sucediera lo que sucediera y pasara lo que pasara. Tal era Escevino. Así recluyóse primero en su cuarto, y dentro ya de su cuarto, en su conciencia, examinando en aquella soledad el medio de inmolarse al tirano de Roma y servir su propia conciencia. No obstante hallarse de antiguo entre los que criticaban á quienes, al entrar en una conspiración, sólo hablaban de la muerte, hizo testamento. Cumplido esto, probó su puñal, encontrando la punta no tan afilada como él hubiera querido. Confiado en el brazo propio y recelando del instrumento empleado, llamó al siervo Milco para encargarle que lo aguzase. Cumplió el siervo lo mandado; pero notando las operaciones preliminares de un combate, como el apercebimiento y preparación de hilas y vendas; el hecho de haber escrito su amo los dictados que formulaban su voluntad última; los banquetes fúnebres dados á los demás domésticos y siervos en que repartiera dones parecidos á legados; las palabras incoherentes reveladoras de un plan político, el cual no podía ser sino la muerte de Nerón, desde luengos tiempos difundida por unos y aguardada por otros, fuese, movido por su mujer deseosa de lucro, al palacio de Nerón; y como no le quisiesen recibir, dió tales gritos, que conmoviendo al secretario del César, le forzaron á recibirle y aun á llevarle ante su amo, informado así, no solamente del atentado dispuesto, de aquellos que lo disponían y preparaban. Ya no había lugar á duda: Milco delató á Escevino; Escevino, delatado, llevó junto á sí al traidor Natalio, y Natalio delató al cónsul Laterano, al futuro emperador Pisón, al maestro Séneca, que tales juramentos prestara de fidelidad, y por último al poeta Lucano, tan aborrecido por Nerón á causa de no haber podido llegar éste á la maestría é inspiración de aquél en materias poéticas. Muchas víctimas se ofrecían á la crueldad del César, pero no bastaban al coronado antropófago: quería él río de sangre humana, quería más. Así atormentaba y sacudía sus prisioneros para que soltasen más nombres. Y como no los soltaran, acudió á Epicaris. Púsola en un potro, y le rasgó la carne, y le magulló los huesos, y le sacó de las venas sangre, para que acusase. Mas ella, recordando la imagen puesta por Lucano ante sus ojos, la imagen de Porcia,

muerta por la libertad, cogió un pañuelo, y formando con él una especie de pelota, se lo hundió en la garganta con empeño hasta el terrible ahogo, en una serenidad de ánimo, un resplandor de conciencia, una fuerza de voluntad, una resolución de intentos, una tenacidad de propósitos que hubieran envidiado muchos hombres.

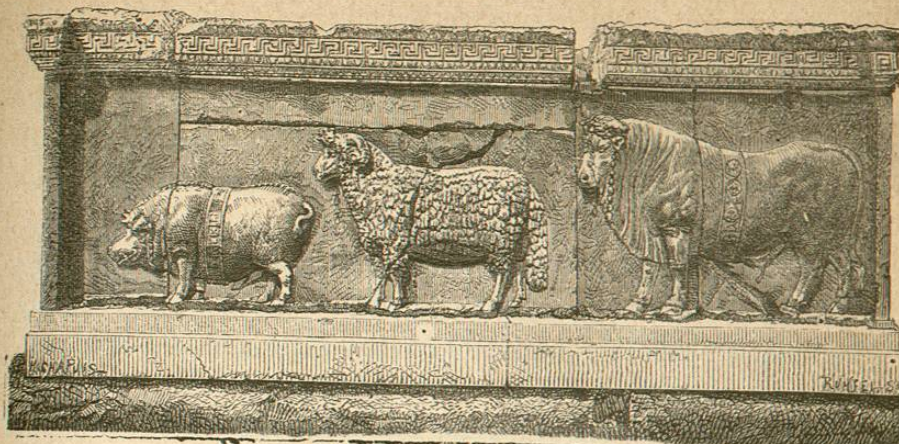
Desde tal momento la vida de Nerón se reduce á una perdurable matanza y el imperio á una inmensa carnicería. En su insania prescindía del verdugo, mandando que lo fueran de sí mismos sus víctimas. El primero designado á morir fué su pretendido heredero y sucesor Pisón. Se abrió éste las venas con dolor y se le fué la vida con celeridad. Laterano siguió á Pisón. El César no quiso que



Sepulcro de Séneca, en la vía Apia

se despidiese de su familia é hijos; desde su sede le condujeron á la genmonia donde se decapitaba á los esclavos, uniendo á la muerte la ignominia. Séneca imitó el sublime tránsito de Catón, derramando su sangre con estoica indiferencia en un baño de agua caliente y disertando sobre la inmortalidad en el divino lenguaje de Platón. El prefecto de los pretorianos, Fenio, tuvo miedo y se acogió á Nerón; junto á éste le asieron y le degollaron cual un toro esbirros hercúleos. El tribuno Fulvio insultó á Nerón al irse hacia el suplicio, no logrando arrancar de él otra cosa que una sonrisa de menosprecio por la injuria y de gozo por la muerte, bien heroica por cierto, pues tuvo ánimo el condenado de criticar la fosa excavada para recibir

su cuerpo extinto y la escasa destreza del esbirro que le hirió. Lucano recitó los versos últimos del canto tercero de su *Farsalia*, en que pinta un soldado á quien se le huye la vida por amplias vías, inerte ya la parte inferior de su tronco, cuando aún la vida circula y palpita por su cabeza, la cual vida, muy poderosa é intensa, resiste, sosteniendo un combate la mitad del cuerpo con la otra mitad, de la cual á duras penas triunfa la muerte. Y con la última sílaba lanza también el último suspiro sin renegar un minuto del arte que le costaba la vida. Vestino daba un festín en su casa, cuando ve aparecer los sicarios, y sin pronunciar una palabra, ni proferir una queja, tiende á la espada el cuello para que lo descabecen. Con efecto, la cabeza cayó sobre su propio plato. Por temor á que reprodujera la conjura de Pisón, el César hizo apuñalar al joven patricio Silano cuando se disponía y aparejaba éste á un voluntario destierro. Petronio, el satírico, murió en la mayor calma, disertando con gracia y ligereza después de haberse abierto las venas al mandato de un esbirro imperial, y rompiendo contra el pavimento de mármol un hermoso vaso murrino para que jamás lo poseyera y usara el codicioso Nerón. La muerte de Traseas coronó todos estos horrores. Era este un ciudadano sin tachas, un filósofo sin sofismas, un orador sin retórica, un patricio sin orgullo, un hombre honrado y virtuoso sin ostentaciones ni énfasis. Nerón, ¡ah!, no podía sufrir su virtud, pero tampoco aceptar la responsabilidad de infligir á esta virtud el castigo que á un crimen. Defirió al Senado su causa, pues le acusaban de crimen de lesa majestad y de crimen de magia negra. Mientras el Senado deliberaba sobre su destino, Traseas departía y disertaba sobre la metafísica helena con el filósofo Demetrio. En el pórtico de su casa discurrían cuando le llegó la noticia de que le habían condenado los senadores, sus compañeros, á muerte. Sin abrir el senadoconsulto que decretaba su cruel suplicio, continuó disertando sobre la naturaleza del alma y las perspectivas que se le abren hacia la inmortalidad. Y concluido esto, se dió la muerte. Nunca las crueldades de Nerón habían llegado á tal extremo. Las islas se poblaron de proscritos, y muchos ciudadanos, por no vivir en aquel tiempo de horror, se quitaron voluntariamente la vida. Sólo el suicidio quedaba de refugio contra la tiranía.



CAPITULO XXIII

EN GRECIA

El daño de Nerón, patente desde los primeros hasta los últimos minutos de su vida, consistió en las desmesuradas desproporciones entre su aspiración á la gloria inmortal del artista y los medios de lograrla debidamente. Lo medido de sus fuerzas y lo desmesurado de sus ambiciones explican la crueldad proveniente del desequilibrio entre su deseo y la satisfacción, desequilibrio generador de una rabia, la cual hacía que se revolviera contra los demás en lugar de revolverse contra sí mismo. Si naciera pobre, lograra en sucesivas experiencias convencerse del radio de sus facultades y del restricto límite hasta donde podía extenderlo. Pero, en la cumbre del mundo, rodeado por aduladores empeñados en cerrarle acerca de su mérito propio los ojos, llegó á estimarse un dios del arte, creyendo injusticia y malquerencia el inconsciente juicio de colectividades, incapacitadas del engaño individual, y sincerísimas en las tibias manifestaciones consiguientes al deseo de gloria manifestado por Nerón: que si los individuos fingen el amor siempre con dificultad, las colectividades



Aureus de Nerón